

El Reino y su justicia

Después del Bautismo de Jesús, San Mateo nos va a meter de lleno en su vida y en su obra. Se apaga la voz del Bautista y se comienza a escuchar la voz de Jesús de Nazaret. Desaparece el paisaje seco y sombrío del desierto de Judea y ocupa el centro la belleza de la verde Galilea.

Todo va a dar un cambio profundo en la vida de Jesús. Su tiempo de vida oculta, de profunda reflexión, de búsqueda y de oración en el retiro del desierto de Judea, abrieron una visión, un conocimiento de Dios, de la religión y de la situación del pueblo completamente nuevo, y siente la llamada a comunicar al pueblo la rica experiencia de sus largos años de aprendizaje, viendo y observando la vida del pueblo y sus necesidades, sus esperanzas y de cómo era su relación con Dios a través de la fe religiosa de Israel.

Galilea es muy distinta de Judea. Judea es el centro de la vida religiosa de Israel. Galilea es una mezcla de judíos y paganos, es la Galilea de los gentiles. Es ahí donde comienza la gran odisea, donde se fragua la gran esperanza para el pueblo que habitaba en las tinieblas a quien llega la LUZ de la PALABRA anunciando un camino de conversión que abre las puertas del Reino.

Jesús comienza su ministerio sin dar una doctrina sobre Dios, ni sobre las observancias de la Ley, ni de reglas morales, ni de purezas rituales, porque no es ni filósofo ni teólogo. Es un profeta, y en cuanto tal, se sitúa en la tradición de los profetas. Le preocupa el cambio del hombre y de la sociedad para que reine la justicia y el Reino de Dios. La justicia es la columna vertebral del Reino de Dios. Esto, en la Iglesia, debíamos tenerlo grabado a fuego en el corazón. Porque el Dios revelado por Jesús es el Dios del Reino. El Reino de Dios es amor sin límites de Dios a los menospreciados y marginados, a los pobres, a los abatidos, a las mujeres, a los pecadores. Por lo tanto, es el Dios bueno, misericordioso, entrañable, único, distinto, siempre cerca de los pobres y necesitados de justicia. Si comprendemos esto y lo vivimos, seremos testigos de la vida y de la obra de Jesús que muestra la bondad de Dios en medio de las gentes.

Tenemos que volver a recuperar ese lenguaje de Jesús que llenaba de esperanza la vida de las pobres gentes. En medio de las tinieblas, el pueblo va a comenzar a ver una luz grande, entre las sombras de muerte empieza a brillar una luz. Eso es siempre Jesús: una luz grande que brilla en las tinieblas del mundo.

En todas las épocas de la historia observamos como las distintas religiones se degradan y se convierten en lugares de opresión y de falta de libertad. El judaísmo no se libró de ello y el cristianismo tampoco. Y, así como Jesús comienza presentándose ante el pueblo con un imperativo «CONVERTÍOS», y no lo tenemos que entender como

una llamada a una vida de prolongadas oraciones, de austeridades y privaciones. No, Jesús llama a adentrarse en el camino del Reino de Dios que, ya por sí mismo, es un camino de luchas y compromiso por la justicia y los derechos de las personas de tener una vida digna. Eso es dejar las tinieblas, es decir: dejar la comodidad de una vida anodina por temor a vivir un compromiso que ponga en riesgo esa vida adormecida que no nos da problemas. El camino del Reino es abrirse a la luz para echar a andar por un nuevo camino en el que iremos experimentando la alegría de la liberación y de abrir la conciencia de la gente a todas las posibilidades de cambio que ofrece la fidelidad a Jesús y al Reino de Dios. Pero también sentiremos la fría mirada de la indiferencia y la persecución de los que se encuentran a gusto en ese mundo de tinieblas.

Con Jesús de Nazaret, comprendieron las pobres gentes de Galilea y comprendemos nosotros que el Dios del reino, el Dios de Jesús es «un Dios que acoge, abraza, besa al extraviado, al perdido, al abandonado, hasta organizarle una fiesta, un banquete, con traje de lujo, comida opulenta, música festiva, sin reprocharle nada. Es el Dios que se identifica con los pequeños, los ignorantes, los niños, los enfermos, los extranjeros, los encarcelados, los que nadie quiere, a los que todo el mundo desprecia» (J. M^a. Castillo).

El compromiso del reino de Dios es algo muy serio y muchas veces parece que no caemos en la cuenta. Abrirle a la gente ese mundo de posibilidades con todos los trabajos que conlleva, a veces muy pesados y duros, pero llenos de gozo de abrirles a las gentes un mundo nuevo en el que tienen cabida todos los que aspiran a mejorar la vida de las personas, y comprendemos que los trabajos hechos con fatiga dan sus frutos. Lo contrario, como muy bien afirma J. M^a. Castillo: «Si Jesús se hubiera quedado en Nazaret, viviendo y trabajando como un modesto artesano toda su vida, habría muerto en el anonimato de hombre bueno que jamás cometió un delito. No hubiera sido un delincuente, eso por supuesto. Pero, con su pasividad, hubiera colaborado a perpetuar la delincuencia».

Gracias a Dios no fue así.